

Aspectos psicológicos y sociológicos de la edad juvenil

NORBERTO RODRÍGUEZ BUSTAMANTE

LA VIDA JUVENIL Y LOS
PROBLEMAS QUE SUSCITA

NACIDO EN BS. AIRES en 1918. Profesor de filosofía graduado en el Instituto Nacional del Profesorado (Bs. Aires). Fue profesor adjunto de sociología en la Universidad de Tucumán y de sociología y psicología social en la Universidad del Litoral. Actualmente es profesor de sociología argentina y americana y director del Instituto de Filosofía y del Pensamiento Argentino en la Universidad de La Plata. Profesor de teoría sociológica en el Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. PUBLICACIONES: Korn y el problema de la cultura nacional; La filosofía social de Alberdi; Un esquema sociológico de la Argentina; La filosofía social de Sarmiento; El problema del carácter nacional argentino; La filosofía política de Mariano Moreno; Las consecuencias sociales de la automatización; Teoría sociológica y sociedad de masas, entre otras muchas.

EN un libro que todavía se mantiene como una estimable contribución argentina al estudio de la juventud, Aníbal Ponce¹ sustentaba su tesis interpretativa en “la ambición” y “la angustia” de los adolescentes. En la búsqueda del yo, surgen problemas de identidad y de orientación según modelos humanos encarnados, reales, del entorno sociocultural o de ficción, héroes literarios o bien históricos, con esa realidad construida a partir de las fuentes documentales. Iniciados en el camino hacia sí mismos, los adolescentes encuentran obstáculos en la relación con los otros: los condicionantes económicos y sociales de la autorrealización, las tensiones y los conflictos en el autoafirmarse traen sus secuelas de frustración, de incomprensión y azoramiento ante el mundo adulto, a veces definitivos (y el suicidio como salida). Los estados anímicos convergen en la incertidumbre, la confusión, el sentimiento de desamparo y desprotección en un mundo hostil que constriñe a la propia persona y desarticula y desdibuja el proyecto del yo. Paradójicamente, al encerrar esta etapa

evolutiva en una escueta definición, Ponce se refería al hecho básico del advenimiento de “una nueva cenestesia”. A su vez, frecuentador de la literatura universal y lector lúcido, buena parte del contenido de su libro lo constituían referencias a la literatura autobiográfica. En ellas se ponían de relieve los procesos del crecimiento vital, vivenciados y elaborados a un nivel simbólico e introspectivo si bien, como se comprende de suyo, en estricta correlación con los determinantes de la sociedad global en los niveles de clase social y de grupos.

Revisando ese encuadramiento, cabe afirmar que no hay razón para otorgar preeminencia causal a lo somático cuando el hombre —y esto lo advierte Erikson— ha de ser inscripto de modo unificado en los órdenes del Soma, la Psique y la Polis, asignándole al proceso de organización del yo una función mediadora entre “la experiencia personal y somática y la realidad política en su más amplio sentido”².

Ampliando lo dicho, el mismo autor señala que para el ser humano vale en todas las épocas que es “un organismo, un ego, un miembro de la sociedad y se encuentra comprendido en los tres procesos de organización”³. En cada una de esas dimensiones de la experiencia los estímulos se conjugan: lo que para el cuerpo es dolor y tensión, el ego lo registra con ansiedad y el participar en la vida del grupo aporta un pánico complementario que colora el comportamiento del individuo⁴. Esos tres procesos son uno y se hallan mutuamente interrelacionados: no hay manera de aislarlos o sustantivarlos sin correr el riesgo de perder el hilo de una explicación satisfactoria.

Un primer asunto a examinar es el de los límites temporales de la edad juvenil. En sentido clásico, sostiene Tenbruck⁵, comprendía desde los 15 a los 18 años; pero, al presente, en relación con el alargamiento del período de socialización y de entrenamiento para las tareas de la vida, los años de la juventud se extienden entre los 15 y los 25; hacia atrás, es común retroceder hasta los 13 o los 14 años. Salta a la vista la extensión desmesurada del período y las dificultades de considerar transicional un lapso que comprende diez años o más. Desde un punto de vista descriptivo los rasgos salientes que acompañan a la edad son: la inseguridad, la impulsividad y la inestabilidad. En aras de la sed de aventuras y de agitación, acicateados por sus identidades negativas respecto del orden social vigente, los jóvenes suelen radicalizarse. Asimismo, según los resultados de muchas investigaciones, asumidos por Riesman⁶, se influyen unos a otros, más que son influidos por la relación con los adultos en el seno de la familia, en el vecindario o en los contactos con las autoridades formales del proceso educativo y en otros ámbitos. La importancia ad-

Aspectos sociológicos

quirida por los medios de comunicación de masas elimina el provincianismo y el aislamiento particularista de la juventud del pasado. Así se da paso a la sustitución de tradiciones fijas, por modelos generales del comportamiento que atañen a la vestimenta, a las diversiones, a las formas de vida en general y a los modos de pensar y elaborar sus experiencias de maduración. Al parecer, un rasgo uniforme es el fenómeno de la expansión de la juventud, unido a la pérdida de significado del papel de los adultos. En esto tienen su parte la aceleración de los cambios históricos a que asistimos y la inseguridad creciente, a pesar de un inusitado aumento del poder humano sobre el cosmos, propio del mundo actual. No existen condiciones de estabilidad para planear el propio destino contando con el único supuesto de pautas de racionalidad en la utilización de los medios y en la fijación de metas y objetivos. Lo evidente es que en nuestra época, el problema de la identidad se intensifica. Ello introduce un factor de perturbación para quienes se hallan en crecimiento. A ese respecto es nuevamente Erikson el que ofrece una opinión corroboradora: "el paciente de hoy en día sufre sobre todo con el problema de en qué debe creer y qué debe llegar a ser o, mejor dicho, qué puede llegar a ser; mientras que el paciente de la primera época del psicoanálisis sufría sobre todo por las inhibiciones que le impedían llegar a ser lo que él pensaba que sabía que era" ⁷.

Sin descuidar las modalidades sobrevenidas en los cambios históricos y que constituyen los contenidos peculiares de la juventud contemporánea, el destaque del adolescente en relación con el niño y luego, la maduración, hasta el momento de insertarse en los cuadros de la sociedad adulta, son aspectos constantes y críticos. Señalemos en primer término que, si todas las edades de la vida originan problemas específicos, la etapa adolescente, entre los 12 y los 18 años, con su transición desde la niñez a la edad adulta, es difícil por antonomasia: sólo una vez en la vida se ha dejado de ser niño y todavía no se es un adulto. En esa ambigüedad de dejar de ser y de aún no ser se experimentan las incitaciones o los traumas que inducen la orientación hacia metas de sólida realización personal o bien engendran la perplejidad, la incertidumbre y el desasosiego por situaciones de aislamiento, indefensión y desamparo. No es extraño que, al menos en el contexto de la cultura occidental, con su fuerte impronta de individualismo, la adolescencia sea, para muchos, la edad de la que no quisieran acordarse. A tal punto dejan huella los múltiples frustrados intentos antes de dar en el blanco (si es que se lo logra), a lo que se suma una circunstancia crucial en la condición del hombre: adquirir la confirmación como personas por el sentido y el valor alcanzados para nosotros mismos y para los demás.

Los problemas de la adolescencia nos remiten a procesos de maduración biológica y mental, manifestados en los cambios anatómicos y fisiológicos, en la conducta social y en la conformación de la personalidad. Concurren por igual a dilucidarlos la biología y la psicología y, en especial, los enfoques médicos y psiquiátricos; la sociología y la antropología cultural; las ciencias de la educación y la ciencia jurídica (sobremañera la criminología). La finalidad global que vincula a dichos conocimientos es la de dar cuenta de la conducta del adolescente y, en alcance más amplio, del joven, aplicando criterios interdisciplinarios.

En la perspectiva de la psicología social y de la sociología, con miras a obtener un esquema sólido de la edad juvenil, correspondería apelar al concepto de marginalidad. En efecto: en el proceso de socialización temprana, el niño se incorpora a "status" y roles, a valores, normas y expectativas compartidas con los adultos e inducidas por ellos; pero, al tiempo de su entrada en la nueva edad, se agudizan en él los estados de conciencia y las motivaciones que le muestran su falta de una plena participación económica, social y política en los cuadros de la sociedad establecida. De tales desajustes surgen sus problemas típicos. Emergen entonces la confusión en su identidad personal, los conflictos de rol por las lealtades a diversas personas y grupos, las frustraciones en relación con lo que aspira y la competición abierta por lograr una ubicación, un status reconocido en la sociedad de los adultos ya integrados.

Pero si la marginalidad es propia de toda juventud, la época presente, el esquema de una sociedad en transición desde las estructuras relativamente estabilizadas del mundo preindustrial, a las novísimas y cambiantes, correlativas del alto grado de urbanización e industrialización, crean una marginalidad difusa y persistente hasta en los adultos. Ellos no exhiben modelos coherentes ni consolidados de conducta, pues participan del azoramiento generalizado y necesitan readaptarse sobre la marcha a los cambios acelerados y cotidianos que, en un decenio, pueden deparar los acontecimientos que antes transcurrían en un siglo.

Aunque la juventud no ocupa posiciones que le impongan compromisos formales en el nivel económico, político o social, promoviendo su responsabilidad y suscitando confianza en sus posibilidades humanas, los modos de convivencia de los adolescentes de ambos sexos y el influjo de los medios de comunicación de masas, les proporcionan una fuerte identidad grupal. Con ello, los principales estímulos para la formación de los jóvenes, provienen de otros jóvenes. No obstante, no debería ocultárenos el hecho siguiente: esos "modelos" o imágenes de la juventud, son

Aspectos sociológicos

construidos y controlados por la acción de adultos, al servicio de los centros de poder, en cada sociedad.

A los fines de un encuadre genérico diríamos que en la juventud se produce un tránsito desde las actividades del juego, el deporte y la recreación, sin mayores compromisos sociales, a las actividades de tipo ocupacional en el mercado de trabajo y a las de capacitación humana para arribar a la constitución de nuevos núcleos familiares. Se trata de un constante aprendizaje hecho explícito, y en la mayoría de los casos formalizado, a través del sistema de educación pública y privada, que se coordina con los status y roles, los fines, normas y valores del sistema de la sociedad global. El punto de partida de esta edad, es el reconocimiento de la insuficiencia de los lazos familiares para el logro de la propia identidad y una búsqueda de autonomía en relación con los padres y de revisión del sustrato de los condicionantes colectivos del comportamiento individual. Pero el proceso de maduración humana trae consigo un deber creciente hacia las instituciones sociales y una creciente responsabilidad por el propio destino y por las relaciones que se mantienen con todos los demás, no sólo con los integrantes de la propia camada generacional. Se empieza por la actitud de independencia y de cuestionamiento del mundo existente; en la conducta promedio, se concluye en la relativa integración y acatamiento al sistema de relaciones sociales de la sociedad en que se vive⁸.

MARGINALIDAD Y CRISIS NORMATIVA

La marginalidad objetiva del joven —con sus diferentes grados— se corresponde en lo interno, en el ámbito del yo, centro o núcleo activo de su personalidad, con “un sentimiento de confusión, por la guerra interna que libra contra sí mismo”⁹. Tiene que acceder a “un gran cambio de perspectiva”, pues, en la libre experimentación de sus roles, ha de hallar “en algún sector de la sociedad, un lugar que está firmemente definido y que, sin embargo, parece haber sido hecho exclusivamente para él”¹⁰. Aquí se trata de una demora en lo referente a compromisos adultos, tanto como de una autorización selectiva que otorga la sociedad a ese fondo de reserva que es su juventud¹¹. En esta fase normal del crecimiento humano, la fluctuación del yo y el elevado acopio de fuerzas en latencia, originan una mayor cantidad de conflictos que en otras edades y, asimismo, la recurrencia de factores que socavan un sentimiento de identidad, esto es, cuando se incurre en una “pérdida de la confianza confirmada de que la igualdad interna y la continuidad coinciden con la igual-

dad y la continuidad del significado que uno ha adquirido para los otros”¹², colocan a los individuos mayores en alternativas adolescentes.

En suma: la adolescencia y la juventud denuncian una particular crisis normativa en el tránsito que va desde una revisión de las pautas de la niñez, a la inserción en la estructura social, por el desempeño de roles ocupacionales y de las tareas y obligaciones propias de la continuidad de la especie y del autodesarrollo. Dentro de esos límites es previa una desorientación, búsqueda y examen destinados a poner en duda la legitimidad del mundo de los adultos. En el enfrentamiento de las incertidumbres que emergen, la adhesión a una ideología responde a necesidades funcionales del joven: simplifica su ambiente, lo instala en el universo, y le permite hacer uso de sus capacidades y asumir de manera gradual sus compromisos con “una orientación de total coherencia, aunque sistemáticamente simplificada en lo que respecta al tiempo, los medios y los fines”¹³.

A falta de suficiente experiencia propia, el joven encuentra en su ideología un ancla de seguridad y la respuesta a interrogantes que aun no puede vivenciar de modo pleno y, por lo mismo, afronta peligros de desvirtuación, que sólo una maduración ulterior podrá sortear.

LA SEGREGACIÓN DE LOS JÓVENES: SUS SÍNTOMAS Y CONSECUENCIAS

En las sociedades de alto desarrollo industrial se amplía la distancia entre el status de los adolescentes y jóvenes y el de los adultos. Ello trae como consecuencia la enfatizada segregación de los grupos más jóvenes, al par que su incremento en número, favorecida por la diferenciación en el sistema de educación formal. Las exigencias cada vez mayores en relación con cursos universitarios de posgrado genera también una capa de adultos que, en la observación de Parsons, carecen de independencia plena en las ocupaciones, lo cual estimula y consolida una cultura específicamente juvenil en cuanto a valores, relaciones sociales y conductas¹⁴. En efecto, el proceso de maduración demográfica de las sociedades modernas, con un crecimiento de la expectativa promedio de vida que alcanza ahora a los 65-70 años, contribuye a transformar las diferencias de edades en formas estamentales, pues los jóvenes, en todos los campos de actividad, se enfrentan a “multitud de viejos”. Siendo las cosas así, crecen los obstáculos para el ascenso social y se acentúa la antinomia entre las conductas innovadoras y las presiones hacia el conformismo y la estabilidad, dentro de marcos de experiencia con buenos niveles de vida, derivados de la

Aspectos sociológicos

democratización del consumo, por la alta productividad, la ocupación plena y el incremento de la salud colectiva y la educación. Se completa este panorama, robusteciendo las energías rebeldes de la juventud, con el énfasis puesto por la civilización de los controles cibernéticos en la relación hombre-máquina, fomentando una organización de los seres humanos en la que predominan las estructuras del poder burocrático a expensas de la creatividad y la iniciativa personales, en marcos de inflexible rigidez que contrastan con la espontaneidad vital de los jóvenes¹⁵.

En las sociedades de tipo individualista, un factor que facilita los efectos desintegradores de la actividad de la juventud, en especial de los estudiantes, es la falta de una organización del empleo del tiempo libre y de las actividades extracurriculares de los mismos. Este fue uno de los temas en que se orientó la especulación sociológica de Karl Mannheim¹⁶. Para este autor, en las sociedades modernas, muy dinámicas, el rol de la juventud es decisivo y la renovación social descansa en ella, pues vive abierta a lo nuevo, a formas distintas de la experiencia común, y no está suficientemente integrada en el "status quo": el joven todavía no es nadie y aspira a ser alguien, careciendo de intereses y hábitos arraigados en lo económico o en cuanto a gustos y preferencias de toda índole. Si esa fuerza potencial de cambio tiene que ser aprovechada, no puede librársela a sí misma: su promoción y organización es un imperativo. Con anterioridad a la primera guerra mundial, sólo en Alemania y Francia existían movimientos puramente juveniles, espontáneos; pero entre 1930 y 1940, Alemania, Italia y Japón establecieron organizaciones monopolistas y compulsivas de la juventud, a cargo del Estado, mientras que en las democracias liberales no se daba nada equivalente, siquiera en la necesidad de reconocer la importancia de coordinar y canalizar de modo constructivo los esfuerzos juveniles. No se trata de reclamar la imposición de férreos cartabones, sí de alentar con los recursos colectivos a ese inmenso ejército de reserva, encauzando, por variados medios, su participación humana, sin menoscabo de sus expectativas legítimas y atendiendo a las necesidades sociales. La ideología individualista que campea en los regímenes democráticoliberales, concentra su empeño en asegurarles a los jóvenes —y en general a la mayoría de los ciudadanos— una irrestricta autonomía. Pero se hace poco hincapié en la desorientación e inmadurez de los jóvenes y se los deja librados a prácticas deambulatorias, a la espera de su maduración, sin reparar en los inconvenientes de los costos sociales resultantes de frustraciones y fracasos con el método de ensayo y error que, en muchos casos, puede acarrear una destructividad insuperable para sí mismos y para los demás. En la práctica, esos criterios revelan un desentenderse de las complejidades de la existencia en la so-

ciudad contemporánea y de los vastos problemas de las generaciones jóvenes, consolidando la estructura establecida al no integrarlas adecuadamente en status y roles que tiendan a promover su ulterior responsabilidad adulta.

Los interrogantes acerca del punto en que nos hallamos no son pocos: la universalización del sistema de producción industrial, con sus correlatos en la automatización de las empresas, el aumento de las burocracias y, por ende, de la autoridad impersonal y anónima; el auge de las comunicaciones de masas y sus efectos en la interdependencia de las naciones; la nivelación y la mecanización a que se somete al ser humano; son otras tantas amenazas a la identidad personal, con sus resultantes de desarraigo y masificación. Las guerras, los cambios técnicos y las transformaciones en las expectativas son fuentes de ansiedad demasiado obvias y la juventud actual necesita afrontar con maduración adulta esas fisuras en los valores, las metas y las normas sociales. Desconociendo la importancia de esos determinantes no es dable reelaborar la cuestión y asignar la solución a la iniciativa de los individuos y, en última instancia del grupo familiar, cuando la generalidad de los factores escapa al diagnóstico de culpabilidad de los pequeños grupos y de las malas relaciones interpersonales. Sus causas principales radican en la estructura social y en los componentes de alienación que comporta. Aun la conducta negativista de los jóvenes que rechazan el integrarse a ese mundo y el compartir responsabilidades por su suerte, es un alerta acerca de la personalidad humana mutilada que reivindica su autonomía, su libertad, su derecho a la autorrealización y a la vida espontánea. En los estudios más recientes sobre la delincuencia juvenil, no nos ha de sorprender que en la anomia generalizada en que viven muchos de los protagonistas de esas conductas criminales, se halle un escepticismo conectado a la dramática inseguridad de la época: si el mundo puede terminar de un momento a otro, por obra de los propios hombres, ¿a qué comprometerse con metas honorables y a largo plazo? ¹⁷.

EL MERCADO ADOLESCENTE.

Con datos de base muy heterogéneos, pero situados en países de alto desarrollo industrial y, a su influjo, por efecto de demostración, con manifestaciones en países de la periferia, puede afirmarse que en esta segunda mitad del siglo, se afirma la emancipación económica de los adolescentes, muy en especial, de los pertenecientes a la clase popular. La juventud tiene más dinero para gastar que el que tuvieron sus padres a la misma edad. La juventud de los años 30 se desenvolvía en un clima de

Aspectos sociológicos

inseguridad económica y desempleo, en constante amenaza; la de los años 50, ha vivido siempre en una ola de abundancia. Para 1931, la ocupación de los jóvenes, en Gran Bretaña, se distribuía entre mensajeros, mandaderos, mozos de café y otros trabajos menores; una, de cada tres muchachas, se hallaba empleada en el servicio doméstico. Para 1961, las ocupaciones prevaecientes son de obreros en las nuevas industrias de la ingeniería electrónica, en la fabricación de equipos hogareños, en las industrias de la alimentación, o bien en empleos dentro del proceso de distribución de los productos. En Gran Bretaña, hacia 1959, a título de ejemplo, de cinco millones de jóvenes entre los 15 y los 21 años, el 20 % recibían educación en escuelas primarias y secundarias. El 80 % restante, eran jóvenes trabajadores: tres millones de muchachos y muchachas que, con la percepción regular de salarios, se integraban como consumidores en lo que ha dado en llamarse el mercado adolescente¹⁸. La publicidad los tiene por blanco de sus ofertas y sugerencias —por no hablar de hipnosis—, pues se sabe que tienen dinero, lo ganan y quieren gastarlo según sus gustos. En nexa con los rituales de la edad, la lista de productos engloba: cigarrillos, drogas (“el Karma al instante”), bebidas sin alcohol, discos, ropas para vestir. Hay diferencias drásticas entre los gastos de los adolescentes y de los adultos, como lo indica el cuadro¹⁹ que damos a continuación:

Gastos de los adolescentes	Gastos de los adultos
Ropas de vestir Discos Conciertos Cosméticos Revistas Cine	Alimentos Alquiler de departamentos y casas Lavadoras Artefactos del hogar Muebles

Las metas, por supuesto, varían: los jóvenes buscan el placer inmediato, aunque de corta duración; los adultos, la existencia estable y el disfrute duradero.

A modo de rúbrica de un disconformismo generacional, los jóvenes de hoy se orientan hacia el entretenimiento y el gasto fuera de sus familias. Y en la misma medida, cobran un puesto de primer orden en el mercado interno de muchos países.

LA CULTURA ADOLESCENTE

Si en su acepción estricta una cultura es un modo o estilo de vida, no cabe duda que corresponde hablar de una cultura adolescente. Sólo que esta situación de hecho, compartida por millones de jóvenes, se halla ahora intensificada por la segregación relativa de los mismos en la población de cada sociedad, como ya lo hemos indicado. Aunque el estadio juvenil no dura, se tiende a prolongarlo. Existen razones objetivas por las mayores exigencias de la capacitación y el entrenamiento para ocupar los status y roles de adultos en virtud del progreso científico y técnico. Esto mismo refuerza el asilamiento de las generaciones jóvenes que viven un sentido mesiánico de su tarea y lugar en el mundo. La frecuente interacción formativa en grupos de pares promueve modos de pensar y actuar en que estimula: 1) la autonomía contra padres y organismos y autoridades adultas; 2) las relaciones entre los sexos; 3) las actividades unisexuales o las compartidas por ambos sexos²⁰. Las orientaciones de la acción que de ello resultan muestran: 1) una independencia compulsiva referida a ciertas expectativas de los adultos que se hallan prestos a contradecir; 2) un conformismo compulsivo en el que se refleja, ante todo, la lealtad al grupo, la observancia literal de sus normas y el castigo por la desviación; 3) un romanticismo de veneración a los héroes de la juventud: atletas, artistas, líderes nacionales y grupales²¹.

Los medios de comunicación de masas y su abusiva presencia amplifican y complican el proceso. No sólo mantienen el interés en programas destinados a los jóvenes sino que, por su intermedio, forjan las imágenes de los arquetipos de la edad e, igualmente, fijan una imagen-tipo del joven del presente, que sirve de comunicador interno a toda una generación, controlada y adaptada a los requerimientos que emanan de esa imagen, lo concerniente a lenguaje, modales, vestimenta y sistema de valores.

Los jóvenes, en la sociedad actual de alto desarrollo, se encuentran interconectados y participan de experiencias comunes en el estudio, el trabajo, el deporte y el uso del tiempo libre en general, como no ha ocurrido en otras épocas de la historia. Pero esa solidaridad generacional se transforma en impedimento —o en demora— a fin de arribar a la necesaria relativización de la cultura juvenil, por el acceso al desempeño de roles adultos, con su inherente responsabilidad social. Es en esa separatividad que la condición juvenil prolongada en exceso equivale a una actividad regresiva: la de los que no quieren crecer, manteniendo una situación de indemnidad que trasciende los límites de lo permitido por

Aspectos sociológicos

toda sociedad, a la espera de que sus miembros alcancen la adultez. El testimonio dramático de un caso extremo, lo proporciona la siguiente declaración de lo que significa ser un "beatnik": "No tener lazos con la sociedad. Dejar padre, madre, hermanos y hermanas. Andar por la calle sin un peso en el bolsillo. Hacer algo para ganarse algo. No ahorrar. No pensar en el mañana. Dormir donde sea. Comer donde venga: ésta es la vida verdadera del "beatnik" ²².

BIBLIOGRAFÍA

1. PONCE, ANÍBAL: *Ambición y angustia de los adolescentes*. Ed. Matera, Buenos Aires, 1969.
2. ERIKSON, ERIK: *Juventud, identidad y crisis*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1971, pág. 235.
3. ERIKSON, ERIK: *Infancia y Sociedad*. Ed. Hormé, Buenos Aires, 1959, pág. 26.
4. ERIKSON, ERIK: Obra citada, págs. 26/27.
5. TENBRUCK, A.: *Diógenes*, N° 36, Buenos Aires.
6. RIESMEN, D.: *La muchedumbre solitaria*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1964.
7. ERIKSON, ERIK: *Infancia y Sociedad*, obra citada, pág. 223.
8. Cf. HAVIGHURST, ROBERT J.: *Psicología social de la adolescencia*. Unión Panamericana, Washington, 1960.
9. ERIKSON, ERIK: *Identidad, juventud y crisis*, obra citada, pág. 14.
10. ERIKSON, ERIK: Obra citada, pág. 127.
11. ERIKSON, ERIK: Obra citada, pág. 128.
12. ERIKSON, ERIK: *Infancia y Sociedad*, obra citada, págs. 82 y ss.
13. ERIKSON, ERIK: *Identidad, juventud y crisis*, ob. cit., pág. 154.
14. PARSONS, T.: *La juventud en el contexto de la sociedad norteamericana*, en el libro "La juventud en el mundo moderno" (autores varios), editado por Hormé, Buenos Aires, 1969, pág. 214.
15. Cfr. FISHER, ERNST: *Problemas de la generación joven en los países muy desarrollados del mundo capitalista*, Madrid.
16. MANENHEIN, K.: *Diagnóstico de nuestro tiempo*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México 1944.
17. FYREL, T. R.: *The insecure offenders*, London, págs. 940 y ss.
18. FYREL, T. R.: Ob. cit.
19. FYREL, T. R.: Ob. cit.
20. PARSONS, T.: En el libro "La juventud en el mundo moderno" (autores varios), art. cit., pág. 215 y ss.
21. Cfr. "La juventud en el mundo moderno", obra citada, pág. 217.
22. Cfr. Revista *Cittá Nova*, Roma, número del 10 de enero de 1967.